

LA CIRUJANA DE PALMA

Una mujer, un misterio, una isla, dos amores.

A detailed illustration of a woman with reddish-brown hair, wearing a blue off-the-shoulder dress with puffed sleeves and a red flower in her hair. She is seated at a table, looking towards the viewer. In the background, there is a bust of a woman's head with a red flower, a vase of flowers, and a small teapot on the table.

LEA VÉLEZ



LA CIRUJANA DE PALMA

Lea Vélez

*A mis padres porque me enseñaron a leer y a querer,
A mis hijos porque me enseñaron a mirar y a escribir,
A George, porque con su vida me enseñó a reír
y con su muerte... me enseñó a vivir.*

La desconfianza en nosotros mismos es un enemigo traidor que nos priva de hacer muchas cosas buenas, sin más razón que la de no resolernos a intentarlas. WILLIAM SHAKESPEARE

—Maestro, ¿qué es lo que oigo? ¿Y qué gente es esa que parece dominada por el dolor? Me respondió:—Esta miserable suerte está reservada a las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer alabanzas ni vituperio. *La divina comedia*, diálogo entre DANTE y VIRGILIO a la entrada del infierno

El amor conquista todas las cosas; démosle paso al amor. VIRGILIO, *Bucólicas*

Primera parte

Desde la ventana de mi encierro en Valldemossa se podría ver el mar. Como estoy en cama, inmóvil, solo puedo imaginar el Mediterráneo por el efecto que tiene entre mis cosas. Hoy huele a sal. Presiento una falsa calma en el canto de los pájaros. El aroma dulce, a heno mojado, anun-

cia tormenta... Me gustaría ver esa franja de azul intenso en la distancia, pero no logro convencer a mi falso fraile de que me saque a la terraza. Sueño con dormitar bajo los arcos de piedra, donde florece la buganvilla, junto a la sombra de esa solitaria palmera que abanica el atardecer... Allí mi cama no sería la de un enfermo. Se transformaría en un balandro amarrado con fuerza a esta rocosa orilla, la orilla donde está ella.

Dicen que es cólera, pero yo sé muy bien que la culpa la tiene la habitación verde de Can Belfort. La alcoba asesina. No me preocupa. Tana encontrará la solución. Siempre lo hace... y si esta vez no lo consigue, bien, pues moriré, pero ella entenderá entonces que el amor es algo más que un buen sentimiento. El amor es necesario, imprescindible, no una maldición... así que acepto, en buena hora, este final alternativo. ¿Lo acepto? No, no lo acepto... me engaño: prefiero vivir siempre entre sus brazos, si es que sus brazos quieren acogerme.

Pero mientras espero la decisión de los dioses, vivir o morir, mientras esperamos todos que algo cambie y el monje me da sopa de pasta italiana en este aislamiento cartujo que protege a otros de mi extraña enfermedad, debo hablar de las tragedias que sacudieron Mallorca, del misterio del amor, de por qué llevo veinte años escribiendo y sobre todo de Tana, la mujer por la que daría mi vida si me quedase algo que dar: La cirujana de Palma.

Palma de Mallorca. 1835 Tana avanzaba a la luz de las velas. La marquesa empujó una puerta que se abrió gimiendo y ambas entraron en el dormitorio principal. Las manos pálidas de la anfitriona plegaron dos grandes contraventanas de madera y la estancia se encendió. Un intenso azul entró en cascada por el balcón de piedra de estilo veneciano, iluminando unos ojos del mismo color.

—Y esta es la vista.

Tana no esperaba el mar. Se asomó como un personaje de teatro al balcón renacentista y sintió que las olas aplaudían su entrada en escena.

—*¿Sabía yo qué es el amor? Ojos... jurad que no... porque nunca había visto una belleza así.*

—Ah, ¡qué delicia, es usted Julieta! —dijo la marquesa, complacida por la cita y la oportunidad con que la atractiva forastera la empleaba.

Tana asintió con ilusión contenida. Vio ondas azules con coronas blancas detrás de la muralla. Era una ovación. Rugía amable el mar de la bahía. Muy cerca, se alzaba protectora la catedral. Los pesqueros cruzaban Porto Pi de camino al mercado. Dos banderas en la torre de señales anunciaron la llegada de un correo. Inmediatamente se sintió acogida, acompañada.

—La voy a comprar —le dijo Tana a la marquesa—. Mi marido y yo seremos felices aquí.

—¿Está segura?

La pobre marquesa llevaba años tratando de vender la mitad oeste de Can Belfort y se mostraba escéptica. Tana asintió con énfasis. El precio era ridículo para el tamaño de la finca. Aunque debía gastarlo todo, Can Belfort era una maravilla inesperada. El primer piso sería consulta y despacho. El segundo, salones y laboratorio, junto a la biblioteca. Las antiguas cuadras, detrás del huerto, sala de anatomía. El tercer piso, por supuesto, con sus balcones a la bahía, se convertiría en la residencia. Aunque la cocina estaba sucia y anticuada, una cuadrilla de mozos bien mandados la tendría lista en cuestión de horas. La casa era perfecta porque

sus imperfecciones —desconchones, grietas, arañas en sus telas, tablas que crujen bajo las pisadas— le resultaban, simplemente, encantadoras. Tuvo miedo. Can Belfort era eso: demasiado buena para ser verdad. Imaginó un hogar. La casona le habló en la forma en que hablan los objetos, erizando la piel, excitando el corazón, ofuscando pensamientos, removiendo la sangre. El mar batía en la muralla. Arrullaba, murmuraba. Tana estaba sola y el sonido acompañaba. Bajo el escudo de armas de los marqueses —una lagartija sobre el lomo de un caballo, o un *dragó*, como las llaman aquí—, Tana acalló su último suspiro de inseguridad y estrechó la mano de doña Marta, la marquesa viuda de Belfort, cerrando el trato. Le latía fuerte el corazón. Esa misma tarde visitaron al notario, firmaron escrituras y ambas celebraron su buena suerte por separado.

Pronto supo Tana el porqué de tan bajo precio. También comprendió que si las cosas les iban mal en Palma, jamás recuperaría la inversión. El asunto llegó a sus oídos de boca del carbonero:

—Lleva dos semanas aquí y ya es usted célebre en la isla —dijo él.

—Los forasteros somos llamativos.

—No es célebre por forastera sino por valiente, porque hay que tener las faldas de lunares para meterse en esta casa.

—No soy miedosa y mi esposo llegará muy pronto.

—Me imagino que como su marido atrapa criminales, ustedes no le tienen miedo a nada, pero sepa usted, señora, que las maldiciones maldicen por igual a creídos y descreídos. Es mejor tenerle miedo a los muertos y andar prevenido.

—Mi marido es forense. Un forense con miedo de los muertos es algo así como un buscador de perlas con miedo a darse un chapuzón.

—¿Qué es un forense?

—Un cirujano que indaga las razones de la muerte.

—La muerte no tiene razones.

—Para ser filósofo, se disfraza muy bien de carbonero.

El hombre soltó una sonora carcajada.

—Las criadas son graciosas, las costureras, ocurrences, las prostitutas se las saben todas. Usted es la primera dama que reúne las tres mejores cualidades de las mujeres de verdad.

—¿Las damas no somos mujeres de verdad?

—No. Las damas son mujeres de sus maridos.

Tana se dijo que el hombre clavaba buenas frases entre palada y palada.

—A ver, doña Tana, bromas aparte, yo me refiero a los espíritus de la habitación verde.

Tana miró intrigada a este parlanchín sucio de carbón. No entendía. Él no dejaba de lanzar picón hacia la pared de ladrillo de la carbonera, siguiendo el ritmo de las olas del mar. Estas se destrozaban incansables contra los ciimientos de la casa, con fuerza creciente. Ambos sonidos se acompañaban. Un asqueroso saco de arpillera abierto en dos le cubría la cabeza y la espalda como una siniestra capucha con capa. Era bajito, desnutrido y duro, y cuando la

miraba cerraba un ojo como si hiciera puntería. A Tana le recordó al cuasimodo de Víctor Hugo, a pesar de que las gentes de ciertos ambientes habrían podido decir que no le faltaba atractivo al carbonero. Fuera se preparaba el temporal.

—¿Qué habitación verde? —preguntó ella.

—La verde. ¿Hay más de una?

—Que yo sepa, verde, verde, lo que se dice, verde, no hay ninguna.

—Se equivoca. Todo el mundo sabe que en Can Belfort hay una habitación verde y que la estancia está maldita porque en ella hubo una matanza. Por eso la marquesa no conseguía colocarle a nadie esta mitad de la finca ni regalada.

—¿La casa tiene un fantasma?

—Sí, señora. *La nena de l'habitació verda*. Y esa estancia está maldita, encantada, hechizada, condenada, dominada, poseída sin remedio.

—Ah, ya, bueno, pues me alegra mucho decirle, señor carbonero, que está usted muy mal informado. Le repito que en mi casa no hay ninguna habitación verde. Si la hubo, alguien se ha puesto manos a la obra con una buena brocha. Probablemente la marquesa, para poder venderla. Maldición resuelta con el cambio de color.

—La habitación existe, vaya que si existe, porque no hay nadie en Palma con el arrojo suficiente pa meterse aquí y pintar nada. Ya le digo que está maldita. Pero maldita de que si entras en esa estancia, te mueres, no maldita de que te coges un catarro con una mala corriente y estornudas.

¿Es que no se extrañó usted de que una casa tan grande y tan bonita costara tan barata?

El comentario reavivó el interés de Tana. Sí que le extrañaba, y mucho.

—¿Y no sabe cuál es la habitación asesina? ¿El cuarto de costura? ¿El comedor? ¿Una alcoba? ¿El salón de retirarse, quizá?

—Una de las alcobas... yo diría.

—«Yo diría»... Deberían ponerle de relojero *den Figuera*. Es usted la precisión personificada.

—Caray con el reloj de marras —dijo él—. ¿Sabía que no cuenta las horas por docenas?

—Precisamente. Pero no divaguemos... ¿En qué consiste esta temible maldición? Todo esto es muy ambiguo, estimado carbonero.

—Tiene que ver con que en verano hay dieciséis horas de sol... ¿O son catorce...?

—¡Deje ya el reloj! Estábamos con una matanza en la habitación verde... —dijo exasperada.

—No, si no sé más del asunto.

—¿Cómo? ¿Tira la piedra y esconde la mano?

—Eso me temo... ¡Pero uno que seguro que lo sabe todo es don Gabriel! Su inquilino.

—¿Yo tengo un inquilino?

—¿No se lo dijo la marquesa?

—No. Voy de sorpresa en sorpresa.

—Pues le ha vendido una casa maldita y con bicho. Don Gabriel vive detrás de la puertecita pintada de negro del carrer Portella, en el número 22. Están ustedes pared con pared por el lado de la Seu.

—¿Y este inquilino... me paga buena renta?

—No creo que suelte un real.

—Una habitación de menos y un residente de más. No he hecho negocio comprando esta casa, no.

—La marquesa le dejaba quedarse por pena. Como es tuberculoso...

—Ah, que además está enfermo... Encantador.

—Le gustará don Gabriel. Con eso de la tisis, casi no sale de casa más que *una vez en mes* para ir a Valldemossa a cuidar sus plantas, y es un gran conversador. Sí, él sabrá de los espíritus porque lo observa todo y escucha aún más. Escucha que da gloria verlo.

—Será que tiene el clásico «oído de tísico»...

—No se mofe.

—No es mofa.

—Precisamente ahora me voy con el picón a su casa. Si quiere le doy recado de que le cuente lo de la maldición.

—Dele, dele. Me encantará recibir su visita. Así tendré quien me tosa. Esto sí es mofa.

El carbonero cerró de nuevo el ojo derecho para mirarla socarrón, como si tratase de captar su perspectiva de la vida y pintarla en un lienzo inexistente en su cabeza. Tana lo imaginó encorvado, haciendo sonar las campanas de Notre Dame de París y disimuló una sonrisa.

—Doña Tana, creo que usted es de las mías.

Ella pensó que no sabía este hombre hasta qué punto lo era, o lo había sido, aunque ya jamás lo sería, y le tendió la mano para estrechársela.

—Señora, no me dé la mano, que se la va a llenar de mierda.

Ella no la movió. No era mujer de hacer ofertas para retirarlas. Ambos se las estrecharon con fuerza.

—*Adeu, bona tarda* —dijo ella.

—*Bona tarda, tenga*¹ —contestó él.

Tana no podía imaginar que la próxima vez que se encontraran sería en muy distintas circunstancias y que las palabras del carbonero vendrían a su memoria a modo de epitafio: «No, la muerte no tiene razones, pero siempre tiene causas.»

Cuando doña Marta, marquesa viuda de Belfort, se sentía culpable por algo, decidía organizar un baile, un té, una recepción o una merienda. Al fin había vendido la casa maldita, que en su día fue el ala oeste del palacio. La nueva dueña era forastera y parecía una muchacha fuerte y resuelta, pero doña Marta tenía cargo de conciencia por haberle ocultado la creencia local de que, tras esas paredes de piedra gótica, latía el peligro. Así que para endulzar su culpa, la marquesa se decantó por organizar un té con ensaima-

das, bizcochos de *cuartos* y tejas de crocante. Quería darle la bienvenida a la nueva vecina. Tana le había caído muy simpática... aunque en realidad no se le podía aplicar tal adjetivo. Parecía una mujer de sonrisa generosa y plegaba los labios con agrado, pero la marquesa sospechaba que no lo hacía por simpatía sino por un misterioso placer personal, como si supiera un secreto que los demás ignoramos. Era una Gioconda de ojos azules e inquisitivos, pensó doña Marta. Su mirada intensa le trajo turbación, la llevó a lugares emocionales, abismos lejanos en los que la marquesa percibía un eco de sí misma y de su juventud. Ella también había sido una muchacha metódica, correcta, eficiente y guapa, de mirada incisiva y movimientos medidos... quizá no tan sonriente, ni de una belleza tan rotunda como la de Tana, pero sí atractiva y de rasgos finos y gentiles. Pensando en todo esto, la marquesa suspiró y tiró de un historiado cordón con faldas, sonó una campana y al rato apareció Adelaida, su ama de llaves. La sirvienta traía una bandeja de plata labrada en su mano izquierda y, sobre ella, una carta. En la derecha, como siempre, sostenía su bastón de mando.

—Vamos a organizar un té para nuestra nueva vecina. Quiero ensaimadas, crocantes, natillas con *cuartos* y el mejor servicio de plata.

Adelaida seguía con la bandeja en la mano, ofreciéndole la carta. Lo del té parecía no importarle lo más mínimo.

—La han dejado por debajo de la puerta.

—¿Y no había un criado con ella?

—Por debajo de la puerta no cabe un criado, señora.

Doña Marta sonrió. Adoraba a Adelaida. Era la mujer más seca del universo, con un humor de esos que no dejan piedra sobre piedra. De edad indeterminada, el único adjetivo que podría aplicársele con seguridad era el de «eterna». Su piel parecía una sábana oscura de lino arrugada, perforada por dos ojos negros que jamás habían llorado. Adelaida era chueta o *xueta*, judía de Mallorca, y llevaba el pelo recogido en dos intrincadas trenzas, un laberinto a cada lado de la cabeza. Se decía que su melena suelta y rizada, aún negra a pesar de sus años, era la más larga de la isla. Tan larga, que llegaba hasta el suelo. La criada siempre llevaba consigo un solemne bastón de mando, casi una vara con puño de oro, que además de darle un aire de lanceiro troyano o de jefe de una tribu africana, servía de herramienta para todo tipo de trabajos: enderezar espaldas de sirvientas, medir trozos de tela, cerrar ventanucos en las alturas, dar golpes a las bestias, apartar a los perros de la cocina, comprobar el aceite en una tinaja... Su vara no era una vara, era el báculo prodigioso. Ella decía que llevaba once generaciones, al menos, en su familia. Esto era verdad pues Adelaida nunca mentía.

—No sé si estoy de humor para sarcasmos —dijo doña Marta—. Qué mundo este, en que la gente ya no llama a las casas... ¿Acaso nos han robado el *dragó* de la aldaba?

—La última vez que miré seguía estando.

—Eso dice mucho del individuo que ha dejado la carta. Será alguno que vende las virtudes de un artilugio para alisar el pelo, o una crema para clarear el cutis o...

—O uno que tenía mucha prisa —interrumpió Adelaida.

—O uno que te conoce y sintió pavor.

—Eso ha sido ocurrente, señora, lo admito.

—Gracias. ¿Y cómo sabes que la carta es para mí si te empeñas en no aprender a leer y has encontrado el sobre tirado en el suelo de cualquier manera y sin criado?

—Aquí pone «doña Marta de Belfort»... ¿o no lo pone?

—Lo pone, lo pone —mintió la marquesa, que sin lentes no leía nada—. Pero saber leer mi nombre y saber leer son cosas distintas.

—Entiendo que la señora está muy decepcionada conmigo porque dejé las clases... pero no es culpa mía si cada día que pasa tengo más y más... y *más* tarea...

—Espera un momento... ¿cómo que más y más... y *más* tarea? ¿He notado un cierto soniquete y un más... de *más*?

Efectivamente, Adelaida le hablaba a su señora con soniquete, cejas alzadas, mirada fija y el gesto de un militar de antes de Cristo. Una pose que Marcela, la hija adoptiva de doña Marta, creía que el ama de llaves había sacado del friso de los arqueros de Susa, el muro persa de ladrillos que, según los anales, representaba en el gran palacio del rey Darío al ejército más poderoso de Oriente. El ejército persa de los «Inmortales». Seres amables, serenos y aterradores.

—Señora, si cada vez que usted viaja a Francia o a Malta trae otra pieza nueva de plata...

—Ahhhh... Ya entiendo. La culpa de que quieras ser analfabeta toda tu vida la tengo yo. Como me da por co-

leccionar objetos de plata y tú no haces otra cosa que sacarles brillo...

—Gracias por no obligarme a terminar las frases. A mi edad, cada segundo cuenta.

—¿Y desde cuándo limpias tú los servicios de plata?

—Desde que vi a la nueva criada lavándola con agua, jabón y estopa.

—¡Dios Santísimo! ¡Qué crimen!

—¿Cómo sabe que la maté?

La marquesa rio de buena gana.

—Ay, Adelaida, tú ganas este duelo. Qué haría sin ese aroma a pino, tu mirada de cariatide y el humor judío y macabro... —dijo la marquesa divertida—. Dime, ¿qué hiciste con el cuerpo?

—Salchichas y sobrasada. Como teníamos la fresquera vacía... Nos la comeremos hoy para cenar.

La marquesa lloraba de risa. La criada no movía un músculo, complacida pero realmente seria.

—No es gracioso, señora. Si no me da dinero para el carnicero, el carnicero no trae embutidos, y como este año se echó a perder nuestra matanza... Pues nada, que nos comemos a Luisita.

—¿Y la sobrasada no será demasiado pesada para la hora de la cena?

—Luisita es pesada a cualquier hora.